



Capítulo 6



La Aventura de Mariátegui

Nuevas Perspectivas

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

Cubierta: María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

Derechos Reservados

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA(*)

Teodoro Hampe Martínez

En más de una oportunidad el Amauta declaró, con inocultable timbre de orgullo, su condición de autodidacta. Aunque su educación formal -paralizada debido a sus frágiles condiciones de salud- abarcó sólo los primeros dos años de primaria en una escuela de Huacho, su decidida vocación por las lecturas y el aprendizaje le permitió componer una obra vasta y dispersa, memorable no sólo por la trascendencia de sus formulaciones ideológicas, sino también por la finura de sus creaciones y de sus ensayos de crítica literaria y artística. La revista bonaerense *La Vida Literaria* editó póstumamente una carta de Mariátegui, de 1928, en la que revelaba estos puntos: «Me matriculé una vez en Letras en Lima, pero con el solo interés de seguir un curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extra-universitario y tal vez sí hasta anti-universitario»¹.

Aquella experiencia académica limeña del Amauta tuvo lugar en 1917, cuando en medio de azarosas circunstancias se llevó a cabo la fundación de la Pontificia Universidad Católica del Perú, promovida por el sacerdote francés Jorge Dintilhac y por un grupo de personas defensoras de la moral cristiana tradicional. Conforme es bien

(*) Una versión preliminar de este artículo se publicó en *El Comercio*, Lima, 22 de junio de 1994, p. A-2.

1 José Carlos Mariátegui, *Correspondencia (1915-1930)*, ed. Antonio Melis, Lima, Biblioteca Amauta, 1984, t. II, p. 331-332.

sabido, la empresa de instituir dicha casa de estudios desencadenó un vendaval de opiniones adversas en la mayor parte de los periódicos de Lima, que abrazaban la causa secularizante y liberal. Se argumentó contra la intervención de la Iglesia en la enseñanza superior y se especuló que la nueva Universidad traería consigo una discriminación de clases e ideas entre la juventud estudiosa².

Las tareas de investigación sobre la historia de la Universidad Católica del Perú, que he realizado en los fondos archivísticos del campus de Pando, me permiten ofrecer algunas precisiones para situar más detalladamente la experiencia de José Carlos Mariátegui en la vida universitaria limeña. Su nombre figura de hecho en el elenco de nueve alumnos que, en abril de 1917, pagaron sus derechos de matrícula de 40 soles para cursar estudios en el primer año de la Facultad de Letras; junto con Mariátegui, por entonces activo y laureado periodista de 23 años, se matriculó su buen amigo César Falcón, colega en la redacción del diario *El Tiempo* y fiel compañero de aventuras políticas³. Debe tenerse en cuenta que el Amauta -carente de certificados de educación secundaria- se inscribió en la categoría de «alumno libre», que le permitía oír simplemente una o más asignaturas.

Reconstruyamos un poco del ambiente que reinaba en la minúscula Universidad Católica, alojada en un par de salones del Colegio de la Recoleta, durante ese año fundacional. Los estudiantes recibían 24 horas de clase por semana, distribuidas de lunes a sábado, y llevaban estas ocho asignaturas: Civilización Antigua, Estética, Psicología, Literatura Antigua, Literatura Castellana, Griego, Latín y Francés. Nos interesa aquí particularmente el curso de latín, que estaba a cargo del fraile español Pedro Martínez Vélez, de la Orden de San Agustín, quien corresponde por cierto al «agustino erudito» mencionado por el Amauta en la carta que arriba hemos citado⁴.

2 Teodoro Hampe Martínez, *Historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1917-1987*, Lima, Fondo Editorial de la PUCP, 1989, p. 19-21.

3 PUCP, Archivo Central, Libro de caja, 1917-1920, p. 3a.

4 Cf. César Gutiérrez Muñoz, «Palabras en la inauguración de la muestra *Amauta* (1926-1930)», *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, n° 15, Lima, 1988, p. 311.

El P. Martínez Vélez fue uno de los individuos que con más ardor fomentaron la iniciativa de crear la nueva casa de estudios y defendieron sus principios éticos y pedagógicos ante el fuego graneado de la prensa adversaria. En un sonado reportaje publicado por *La Prensa* manifestó su oposición al sistema de aprendizaje memorista que imperaba en la Universidad de San Marcos y observó, además, «la precaria retribución de la enseñanza», deficiencia para la cual proponía como remedio que los profesores tomaran a su cargo no una sola cátedra, sino un grupo de asignaturas homogéneas. Así, justamente, la admirable versación del fraile agustino en materias humanísticas determinó que fuese nombrado para regentar en la Católica las cátedras de Literatura Antigua, Psicología, Metafísica y Lógica, además del ya señalado curso de latín⁵.

Es el propio José Carlos Mariátegui quien expresa, en un artículo periodístico de *El Tiempo*, que siguió las clases de latín guiado por el propósito de instruirse en la lengua de los doctores de la Iglesia y de los autores consagrados de la filosofía escolástica⁶. No hay, sin embargo, referencias directas que permitan rastrear su presencia en el claustro de la Universidad Católica. Apenas contamos con el curioso registro de firmas de profesores, que proporciona un esquema del contenido del curso dictado en 1917 por el P. Martínez Vélez (todos los días, de lunes a sábado, de 4 a 5 p.m.). Los alumnos fueron iniciados sucesivamente en el manejo del alfabeto latino, las declinaciones, los adjetivos, los pronombres, los verbos, las conjugaciones, las preposiciones, las conjunciones y la sintaxis, hasta llegar al desarrollo de la gramática histórica del castellano⁷.

Mariátegui está ausente de la nómina de cinco alumnos que rindieron exámenes finales en el curso de latín, y no queda ninguna documentación ulterior de su paso por las aulas universitarias. Todo

5 Hampe Martínez, *op. cit.*, p. 22 y 29-30.

6 «El asunto de Norka Rouskaya: palabras de justificación y de defensa», *El Tiempo*, Lima, 10 de noviembre de 1917, cit. en Guillermo Rouillón, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui* [1975], Lima, Armida Picón vda. de Rouillon e hijos, 1993 (2ª ed.), I, p. 207, n. 240.

7 PUCP, Archivo Central, Registro de firmas de profesores, 1917, *passim*.

parece indicar que tanto Juan Croniqueur -seudónimo con el que firmaba habitualmente sus columnas- como su amigo Falcón se sentían mucho más atraídos por las armas del periodismo que por la monotonía de la vida académica⁸.

Hay que tener en cuenta, además, que *El Tiempo* fue uno de los diarios que con más virulencia atacaron a la naciente casa de estudios. En opinión de los periodistas de este órgano, el proyecto de establecer la Universidad Católica respondía a los intereses de un grupo social ultraconservador y carecía de suficiente apoyo legal; pero la esencia de sus reproches consistía en que lo necesario era implantar una academia de nivel preuniversitario, de tal modo que se formaran «verdaderos alumnos para la Universidad, no Universidad para alumnos mal preparados». Todavía el 10 de abril de 1917, fecha en la que se iniciaron las clases en el plantel de la Plaza Francia, un articulista de *El Tiempo* comentó sobre la condición ilegal del centro dirigido por el P. Dintilhac, cuyo establecimiento contravenía los mandatos de la Constitución y de la ley orgánica de enseñanza⁹.

Entonces, queda pendiente una pregunta fundamental: ¿por qué decidieron inscribirse Mariátegui y Falcón en un plantel como la Universidad Católica, cuyos postulados ideológicos se hallaban tan distantes de su actitud liberaloide y de socialismo en gestación? Guillermo Rouillón ha ensayado una respuesta en su meticulosa biografía dedicada a la *creación heroica* de José Carlos Mariátegui. Dicho autor plantea la tesis de que fray Pedro Martínez Vélez sirvió a nuestro personaje como «una especie de director espiritual», catequizándolo e inquietándolo a matricularse en la flamante institución. Esto se entiende mejor bajo el dualismo que caracterizó su conducta

8 Cf. Genaro Carneco Checa, *La acción escrita. José Carlos Mariátegui, periodista* [1964], Lima, Biblioteca Amauta, 1980 (2ª ed.), p. 113 ss.

9 He consultado al respecto el valioso volumen de recortes de periódicos (1914-1926), formado por el P. Plácido Ayala SS.CC., que se conserva en el Archivo Central de la Universidad Católica. Véase especialmente *La Prensa*, Lima, 13 de marzo de 1917 (ed. de la mañana), s.v. «Cuestiones universitarias: la verdad de un reportaje».

religiosa, ya que el Amauta era en el fondo -según la propuesta de Rouillón- un creyente fervoroso. No obstante ello, la creciente radicalización de Mariátegui y Falcón hizo que pronto quedaran decepcionados con las proposiciones conservadoras de la Universidad: tras un sincero examen de conciencia, resolvieron apartarse del claustro y romper la amistad con el P. Martínez Velez¹⁰.

Bien sabemos que nuevas honduras espirituales aguardaban a los dos inquietos periodistas, que en 1918 fundarían la tribuna socialista de *Nuestra Epoca* (revista de efímera existencia) y, un año más tarde, el diario *La Razón*.

Me parece que el trasfondo psico-ideológico del paso de José Carlos Mariátegui por la Universidad Católica amerita todavía una reflexión más profunda, siempre y cuando aparezcan testimonios documentales para tratar con mejores elementos de juicio aquella coyuntura. El presente acopio de datos y sugerencias ha pretendido simplemente iluminar un detalle anecdótico en la vida del personaje, pero no menos trascendente para su formación intelectual. Formación de un escritor que, en la advertencia a los famosos *Siete ensayos*, proclamaba artificiosamente hallarse «lo más lejos posible de la técnica profesoral y del espíritu universitario»¹¹.

10 Rouillón, *op. cit.*, p. 178-181.

11 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928], Lima, Biblioteca Amauta, 1968, 13ª ed., p. 12.